

## **Extraños paraísos urbanos**

**Anabella Acevedo, CIRMA/Guatemala**

De niña la Ciudad de Guatemala no existía para mí. Empezó a tener un significado concreto cuando tenía alrededor de diez años, cuando mi familia se instaló aquí luego de pasar los primeros años de mi vida en la Costa Sur. Fue entonces que se dio mi primer descubrimiento del Centro—que todavía no era Histórico--, un lugar al que nosotros, la clase media, acudía para todo, a pesar de que fue precisamente en esos años cuando empezó a perder ese *glamour* que muchos dicen que tenía y que he ido descubriendo a través de fragmentos visibles debajo del aparente caos.

Debo confesar que mis memorias de esa época son bastante selectivas: la Sexta Avenida, a donde íbamos a comprar los regalos navideños; la maravillosa Pastelería Alemana, que servía el mejor pastel de higo que he probado en la vida; el cine Lux; la oscura entrada del Mercado Central; en fin, un Centro de carácter fragmentario y a todas luces incompleto, pero igualmente seductor.

Luego se iría convirtiendo en el decadente, desordenado y extraño espacio que es ahora y que al final de mi adolescencia me dio esa sensación de extrañeza que sigue atrayéndome hasta ahora. Entonces, cuando pude explorarlo a solas, sin la selectiva bitácora familiar, se dio mi segundo proceso de descubrimiento y el Centro pasó a ser la librería Altamira, el Tecolote, las librerías de libros usados, Musical, en fin, lugares que me fueron descubriendo placeres que todavía permanecen. Pero a pesar de que en el Centro siempre me sentí cómoda, desde que lo empecé a frecuentar supe que siempre acudiría a él en calidad de visitante, que no importaba si lo recorría una y otra vez guiada por toda clase de excusas y razones, nunca iba a llegar a poseer ese sentido de

permanencia que con frecuencia he llegado a envidiar en algunos.

Nunca desarrollé ese miedo, ese sentimiento de rechazo que muchos en mi entorno sienten por ese espacio. Todo lo contrario, la atracción por el Centro crecía en mí con la misma velocidad con la que muchos comerciantes y habitantes lo abandonaban, dejando que las pintas de sus paredes se fueran convirtiendo en un manifiesto de lo que sucedía en el país. Tenía la certeza de que a donde volteara la mirada algo asombroso me estaría esperando—aunque el asombro, lo sabemos, a veces proviene de las realidades más sórdidas, de las menos espectaculares. Claro, también el terror llegó a tener su espacio, como cuando calles y avenidas eran tomadas por el Ejército en los tiempos en los que di clases en un colegio del Centro.

Por esa misma época, el Centro se fue convirtiendo en el maestro más honesto y más brutal de realidades que mis padres con tanto esfuerzo se habían empeñado en ocultar, travestis, pegamenteros, letreros que hablaban de injusticias y masacres, camionetas quemadas, bombas colocadas en espacios públicos, centros de reunión de colaboradores de la llamada “insurgencia”, todo un mundo que fue completando el mapa de mis días en la Ciudad de Guatemala. Así, fui descubriendo que el Centro también tenía un rostro terrible que nos revelaba un lado de nosotros mismos que posiblemente se ajustaba más a nuestras carencias y a nuestras angustias. Por supuesto, aún permanece la admiración por la arquitectura neoclásica que todavía queda de algunos edificios del Centro, la delicia de descubrir un libro en alguna librería de usados, la placentera sensación de sentarse con los amigos en De Imeri o el Altuna, todo lo cual ha ido desarrollando una relación de amor-odio con un espacio que bien podemos concebir como una buena metáfora de quienes somos.